

## El periodista de la conquista

Escribe: NICOLAS DEL CASTILLO MATHIEU

Cuando Pedro Mártir de Anglería nace en Arona, Italia, el Renacimiento estaba en todo su apogeo. Espíritu fino y receptivo, Anglería experimentó desde su primera juventud todos los atractivos e incitaciones de aquella brillante época. ¿Dónde estaba en su tiempo el centro del mundo intelectual y artístico? Pues en Roma, sede de muníficos pontífices que eran a la vez príncipes y mecenas. Allí vivió diez años durante los reinados de Sixto IV (el de la Capilla Sixtina) y de su sucesor Inocencio VIII, en medio del esplendor de una civilización rumbosa.

Pero pronto hubo otro polo quizá más fulgurante: la Corte de Fernando e Isabel, empeñados ahora en la empresa más popular de la Cristiandad, la reconquista de Granada, que significaba la caída del último bastión de la Media Luna en Europa Occidental. Esta lucha y el prestigio siempre creciente de los Reyes Católicos lo atrajeron hacia España, en donde el largamente esperado espectáculo de la derrota de Boabdil se iba a ver bien pronto opacado por la proeza de Cristóbal Colón: el descubrimiento de un mundo nuevo, lleno de seres de extrañas costumbres, exóticas plantas y animales increíbles.

Aquel acontecimiento torció el rumbo intelectual de Anglería y cambió sus aficiones. Su curiosidad se exacerbó hasta el máximo y se orientó hacia las novedades americanas. Había que aprovechar el privilegio concedido a su generación, nunca repetido después. Se convirtió en el más ávido recolector de noticias del Nuevo Mundo. Su casa en Madrid o en Valladolid, o donde quiera que estuviese la trashumante Corte Española, fue desde entonces la sede de una incomparable tertulia renacentista en donde se daban cita embajadores venecianos, nuncios pa-

pales y nobles milaneses, ansiosos de conocer las maravillas de América. ¡Admirable espíritu el de estos italianos! Iban también claro está, cortesanos españoles y, desde luego, auténticos conquistadores recién llegados, que narraban con comprensible exageración sus últimas aventuras en las tórridas y opulentas Indias Occidentales. Todos acudían allá, según nos cuenta el mismo Anglería, “por el anhelo de oír y ver cosas nuevas”. Una noche de 1523 su casa relucía como un brillante cenáculo italiano. Allí están Contarino, Embajador de Venecia; Caracciolo, legado del Papa Adriano VI y el Viceduque de Milán Tomás Maíno. Han ido a enterarse de las hazañas de algún conquistador que acaba de volver de América. A aquellos hombres tan pulidos y cultos les gusta la compañía de los rudos y valientes buscadores de oro y de fortuna.

Pedro Mártir escribe su primera Década en 1493, un año después del Descubrimiento y la última en 1525, un año antes de su muerte. Casi todas van dirigidas a personajes italianos que se las solicitan expresamente, entre ellos los Papas León X y Adriano VI, éste último amigo personal suyo. El primero que recoge las noticias de boca de los conquistadores es Anglería. En seguida las transmite con alborozo inocultable al destinatario de turno, que las hace circular profusamente por toda Europa. Anglería continúa la tradición de su compatriota Américo Vespucio, pero con más constancia y asiduidad.

Sus fuentes son directas: Enciso y Zamudio, conquistadores de Tierra Firme, lo visitan apenas llegan, todavía con el olor de la manigua pegado a las ropas. El primero lo predispone contra Balboa, a quien después Anglería hará justicia. También van el veterano Vicente Yáñez y Alfonso Niño y otros pilotos y conquistadores de menor cuantía. Su casa es el foco que atrae por igual a hombres de letras y hombres de armas. Es el punto de convergencia entre el maravilloso mundo nuevo repleto de acción y la vieja Europa en un momento estelar de su civilización. Anglería se convierte así en el vínculo entre las vírgenes tierras americanas y las refinadas cortes italianas del Renacimiento. ¡Es el puente entre la selva y la “loggia”!

Anglería es por ello, y por encima de todo, el periodista de la Conquista. Sus Décadas tienen la actualidad y, a veces, la inexactitud de lo que se transmite inmediatamente después de que se sabe y de lo que proviene de numerosas fuentes, no

siempre fieles. Pone a Colón, por ejemplo, a descubrir la Sierra Nevada de Santa Marta y a bautizar a Cartagena. Anglería escribe de prisa. Es desordenado y en ocasiones contradictorio. Pero moderado, imparcial y justo. En su espíritu se refleja el equilibrio del Renacimiento. Sólo se permite burlarse de ciertos episodios mitológicos. Por lo demás es siempre serio y grave. Admira y envidia como buen renacentista, el feliz estado de naturaleza de los indios. Cree, como Colón y Vespucio, que por allí debería andar el Paraíso Terrenal. No rechaza la leyenda de las islas habitadas solamente por mujeres. ¿Por qué iba a hacerlo si el propio Colón se lo había asegurado? De allí al mito de las Amazonas sólo faltaba un paso. Aunque no admite la existencia de la Fuente de la Juventud, a pesar del testimonio convincente del Oidor Lucas Vásquez de Aillón, piensa que sí hay aguas que "templen el entristecimiento... restaurando las fuerzas". En aquel mundo crédulo es de admirar el severo espíritu crítico de Anglería, reflejo de su educación humanística. Sus informaciones sobre ciertos animales y plantas son precisas y veraces y sólo serán superadas por las de Oviedo. Es quizá Anglería el primero que sugiere la hipótesis de que las semillas de los cocos pudieron venir navegando desde la lejana Oceanía hasta las costas de Panamá y otros puntos del Pacífico, únicos lugares en donde los conquistadores encuentran cocoteros al llegar a América y desde los cuales los llevarían después a las islas de Cuba y Santo Domingo y a otras zonas de la Tierra Firme.

No fue un hombre de acción, sino de pluma. No conoció América, pero tuvo contacto con ella a través de los datos personales de los viajeros y los informes que llegaban al Consejo de Indias, del cual hizo parte. Se equivocó a veces, pero nos dejó el primer recuento coherente y completo (hasta 1525) de la que fue quizá la máxima hazaña del hombre del Renacimiento.